

P resentación

Hablar de las y los jóvenes de nuestro país es referirse a un grupo social específico, con un gran número de problemáticas crecientes, necesidades insatisfechas, demandas inaplazables, expresiones y prácticas culturales diversas, las más de las veces desoídas, incomprendidas y temidas. Quienes más han cultivado los oídos sordos y acumulado miedos infundados, son precisamente los adultos, regularmente padres de familia, y ciertas instituciones, tanto públicas como privadas, que, con sus políticas asistenciales, a veces cargadas de un discurso moralista, dan voz a la intolerancia de las agrupaciones más conservadoras y peligrosas de este país, como *Provida*.

Vale recordar que los jóvenes no son un sector social homogéneo ni en sus contextos sociales, preocupaciones de vida, experiencias significativas, uso de espacios públicos, actitudes políticas, prácticas sexuales, posturas religiosas o acciones radicales. Por el contrario, son heterogéneos como la cultura, múltiples como las muñecas rusas; mutantes cual espíritu generacional, efímeros como las modas y muy complejos, al igual que las sociedades urbano-industriales donde la gran parte de ellos y ellas habita. Así, la juventud es una etapa de la vida social por la que se pasa y no por la que se está permanentemente, aun y con todos los suspiros que suscita la romántica frase del *por siempre joven*. De ahí entonces que los jóvenes ciertamente semejen a los productos lácteos como el *yakult* y los *yoghurts*, ya que tienen fecha de caducidad.

A los jóvenes hay que situarlos históricamente a fin de comprender las circunstancias individuales y colectivas en las que están inmersos y de las cuales son producto. En este sentido, podríamos decir que la juventud contemporánea vive el proceso de globalización de una forma desfavorable. Un presente laboral y educativo desalentador y una sociedad que a través de las imágenes construidas de lo juvenil, siguen criminalizando las prácticas culturales y los diversos estilos de vida.

Sin ser alarmistas, creemos que, para la gran mayoría de los jóvenes del país, el futuro no existe; el presente tiende a volverse oscuro y borroso. Las autoridades Federales y las del Gobierno del Distrito Federal manifiestan poca claridad en materia de política juvenil.

El Estado y las instituciones hablan y construyen un discurso de lo juvenil a través de sus programas diseñados para atender sus necesidades y requerimientos. Sin embargo, estas políticas y programas (ya sean en materia educativa o cultural, de empleo, prevención y rehabilitación de drogas, o de salud sexual y reproductiva, por mencionar sólo éstas) tienden a homogeneizar a la población joven: diluyen las diferencias por género, olvidan los contextos sociales y, por consiguiente, funcionan como mecanismo de control social, que se manifiesta en la negación del otro y de los cuerpos. Las políticas dirigidas a los jóvenes les expropián las decisiones; es decir, van encaminadas a la prohibición: no al embarazo en adolescentes, no al aborto, no al uso de drogas, no al ocio...

Si en verdad se desea mirar a las y los jóvenes del país como ciudadanos sujetos de derecho, entonces tendrían que cambiar radicalmente las políticas dirigidas a este sector, reconociéndolos como interlocutores, otorgándoles la capacidad de elegir y decidir con respecto a sus cuerpos, respetando las diferencias en las prácticas culturales y sexuales e incorporándolos en el diseño de las políticas y programas que vayan dirigidos a ellas y ellos. Por otra parte, también queda en los propios jóvenes reconocerse como un grupo social a partir de aquellas carencias que los unen e identifican y de los acontecimientos sociales que despiertan sus actitudes solidarias. Es innegable el importante avance logrado en la creación de una red social juvenil como mecanismo horizontal para la toma de decisiones y la acción ciudadana vinculada con todas aquellas reivindicaciones por la justicia y los derechos humanos. A partir de aquí, creemos que las y los jóvenes de nuestro país podrían situarse entre el umbral del olvido y la esperanza.

Alfredo Nateras Domínguez
Coordinador del número